

¿Altruismo o egoísmo?

Fuente: <http://www.diariodemallorca.es/opinion/2012/04/22/altruismo-o-egoismo/760790.html>

RUBÉN RIAL A primera vista –y así se pensó en los primeros momentos– el altruismo debería ser incompatible con el darwinismo. Si un animal o una persona invierten medios y esfuerzos en otros individuos diferentes de ellos mismos, deberían perder eficacia; morirían antes y dejarían menos hijos que otro más egoísta. Deberían extinguirse.

Sin embargo, y a pesar de la dominancia del egoísmo, la existencia de comportamientos altruistas es indudable y el moderno darwinismo lo explica fácilmente. Unas veces el altruismo se dirige hacia aquellos con los que se comparten genes. Si bien la eficacia del individuo disminuye, se facilita la expansión de los genes para la cooperación entre parientes, el nepotismo. Las grandes familias –sobran ejemplos– en las que sus miembros cooperan tienen más éxito que aquellas con individuos egoístas.

Pero también hay altruismo entre individuos no emparentados. El "hoy por ti, mañana por mí" es un ejemplo. Dos o más individuos que colaboran tienen más éxito que el individualista –egoísta– absoluto. Pero sobre todo, el altruismo eleva el prestigio del que lo practica y la persona generosa casi siempre obtiene más de lo que da.

Pero el altruismo tiene una debilidad: está expuesto a las trampas. Es muy fácil montar una fachada de falso altruismo y cada día vemos ejemplos de comportamiento supuestamente "sin ánimo de lucro", pero que rinden substanciosos beneficios.

La candente actualidad nos habla de los muchos problemas en la familia real española, pero también de la mayor parte de los políticos. Son personas que no producen ningún bien tangible, que son mantenidos –generalmente muy bien mantenidos– por el esfuerzo de los ciudadanos que son quienes realmente se rompen el espinazo para comer y para pagar la hipoteca. Realmente, una sociedad sin dirigentes parece imposible. Por lo tanto, es justo que "la plebe" los mantenga, aunque parezca que no trabajan mucho. Los servidores públicos se ganan un sueldo tan bien como el que labra la tierra o mezcla cemento. ¿O no...?

Bueno; todo depende. Sobre todo, depende de cuanto bien viven en comparación con aquellos que son quienes pagan su sueldo. Es fácil cuantificar los esfuerzos de un labrador; basta con pesar los kilos de patatas que produce. Pero es más difícil cuantificarlo para un político o un rey. Con un problema añadido. Puesto que son los administradores, son blanco fácil para quienes pueden influir sobre sus decisiones. Una primera forma de presión, está en el peloteo: "excelentísimo señor", "vuecencia", "su merced", "su santidad" "su alteza"... y el indigno "cuya vida guarde Dios muchos años".

La solución inmediata para el peloteo reside en subir el sueldo a estos grandes hombres. Con esto se supone que quedan inmunizados: "por mucho que me hagas la pelota, no me sacarás nada; ya tengo bastante sin necesidad de tu peloteo". Pero no es cierto. Por mucho que su sueldo aumente –casi siempre lo determinan ellos mismos– la codicia es una fiera insaciable. Cualquiera persona debería tener dificultades en gastar más de lo necesario para comer tres veces al día durante toda su vida, para conducir más de un automóvil o para vivir en más de una casa. Pero no; la codicia impulsa sin freno y no basta con comida suficiente, una casa y un automóvil. La inmensa mayoría no pueden conseguir nada más. Pero los grandes hombres tienen los medios para conseguir este más. Les encanta que les hagan la pelota y ser llamados excelentísimos, majestuosísimos, poderosísimos y santísimos. Les encanta tener un automóvil diferente cada día, cuyo color haga juego con el de sus trajes o con el de sus azules ojos. Les encanta tener grandes palacios, residencias de verano, de invierno, de playa y de montaña. Les encanta viajar en business, en jet privado en hoteles de lujo. Les encanta asistir a fiestas, a cacerías, a grandes recepciones. Pero además, entre sueldos y peloteos, pueden conseguirlo fácilmente. Y como pueden, y también quieren, lo consiguen. Sin preocuparse mucho de los medios utilizados.

Son los administradores del altruismo recíproco entre sus ciudadanos (¿súbditos?) y merecen un sueldo por su trabajo, aunque no tengan aspecto de deslomarse. Pero cabe preguntar si la diferencia entre sus prendas y prebendas y las de "la plebe" está justificada. ¿Son "servidores públicos" o más bien "amos públicos"? Cabe preguntar si realmente son grandes hombres que reparten altruismo entre los demás o son egoístas mal disfrazados. La verdad es que ellos son los únicos que descubren las ventajas de ser parlamentarios, presidentes o reyes. Las cosas son malas aunque hayan sido elegidos

democráticamente. Pero su perversidad llega al límite cuando han sido elegidos "por la gracia de Dios". Pues vaya gracia.